



Imre Kertész:

Cuando pienso en una nueva

Discurso de recepción

Para pensar en mi muerte

Tan rápido como pude
descorrí la solapa del sobre
con los ojos vidriosos de lágrimas
y el rostro desencantado.

Desplegué el papel.
Entre líneas de tinta corrida
una de ellas decía:
"El fin de semana
pasé en la playa
juntando celentéreos
y caracoles calcáreos
para cuando se acerque
la hora de tu muerte".

Hice un alto
tragué un sorbo de salvia amarga,
seguí leyendo.
Algunas líneas repetían mi nombre,
en otras me decías
que aprovechaste tu tiempo
con su "bella compañía..."

"Está bien, está bien"
te respondí en silencio....

Al final, terminaste sentenciando:
"Cuando llegue
la hora de tu muerte
adornaré el alburno
color de tu cuerpo
con los calcáreos caracoles
que guardo
en el fondo de la albornia
y también tu aposento.

Como estigma indeleble
te rociaré con mis lágrimas
dándote la despedida
como Dios manda...
Entonces retornaré
otra vez
a las lejanas playas."

Domingo de Tentación

¡No! Otra vez tardel -susurra sobresallado, al
escuchar el cerrojo de la puerta de calamina
raída.

Ella... perdida en la noche, nada sobria, nada
serena, con copas y mixtura, indiferente a la
ira del hombre, entra en la tenue habitación,
con sus prendas desaliñadas, delatando lu-
ces, sombras, música y lujuria. Entra, con su
disfraz de china, bordado con perlas e hilos de
plata.

Anibal Abel Alarcón Caparroz.
Escritor. Oruro.

Ante todo debo hacerles una confesión, una confesión probablemente extraña, pero sincera. Como muy tarde, desde que subí al avión para venir aquí a Estocolmo a recibir el Premio Nobel de Literatura de este año, siento incesantemente a mis espaldas la mirada escrutadora de un espectador impasible; y en este momento solemne que me sitúa en el centro de la atención general, me identifico más bien con ese espectador distante que con el autor súbitamente leído por todo el mundo. Sólo espero que el discurso que pronunciaré para esta ocasión tan honrosa me ayude a poner fin a esta dualidad, a reunir a esas dos personas que viven en mí.

Por el momento, yo mismo no tengo muy claro qué clase de aporte percibo entre esta alta distinción y mi obra, o mejor dicho, mi vida. Quizás he vivido demasiado tiempo en dictaduras, en un entorno intelectual hostil y desesperadamente extraño, como para poder tomar conciencia de mi valía como escritor: no merecía la pena plantearse tal cuestión. Además, todo el mundo me daba a entender que aquello sobre lo que yo escribía, el "tema" que me ocupaba, estaba pasado de moda y carecía de interés. De ahí que haya considerado siempre la escritura como un asunto estrictamente privado, lo cual coincide, por otra parte con mis más íntimas convicciones.

Al decir asunto privado, no excluyo en absoluto la seriedad, por más que esto último resultara un poco ridículo en un mundo en el que únicamente la mentira se tomaba en serio. Allí, el axioma filosófico rezaba: el mundo es la realidad objetiva que existe con independencia de nosotros. Pero yo, en un hermoso día de primavera de 1955, comprendí de golpe que sólo existía una realidad, y que esa realidad era yo mismo, mi vida, ese regalo frágil y de duración incierta que me había sido otorgado y del que se habían apropiado poderes extraños y desconocidos, que lo habían nacionalizado, determinado y sellado, y que yo tenía que volver a arrebatarse a ese monstruoso Moloch llamado Historia, pues ella sólo me pertenecía a mí y yo era por tanto quien debía disponer de ella.

En cualquier caso, esto me enfrentaba radicalmente a todo lo que me rodeaba, a esa realidad, si no objetiva, ciertamente incontestable. Hablo de la Hungría comunista, del socialismo "floriente y prospero". Si el mundo es una realidad objetiva que existe con independencia de nosotros, el hombre -también para sí mismo- no es más que un objeto, y la historia de su vida no es sino una serie incoherente de accidentes históricos, que tal vez le resulten asombrosos, pero con los que el mismo no tiene nada que ver. No sirve de nada ordenarlos en un todo coherente, pues éste abarca aspectos demasiado objetivos como para que un yo subjetivo pudiera asumir la responsabilidad de los mismos.

Un año más tarde, en 1956, estalló la revolución húngara. Por un instante el país se volvió subjetivo. Muy pronto, sin embargo, los tanques soviéticos restablecieron la objetividad.

Pero quisiera volver a mi asunto estrictamente privado, la escritura. A este respecto, hay algunas preguntas que alguien en mi situación ni se plantea. Sartre, por ejemplo dedico todo un opúsculo a una de ellas: ¿para quién escribimos? La pregunta es interesante, pero puede ser también peligrosa, y yo en todo caso le agradezco al destino que no haya tenido nunca que reflexionar sobre ella. Veamos en qué consiste el peligro. Si nos proponemos, pongamos por caso, no sólo divertirse a una clase social determinada, sino también influir en ella, tenemos en primer lugar que revisar nuestro propio estilo para ver si es realmente capaz de ejercer la influencia pretendida. Al punto, las dudas asaltan al escritor: lo malo es que a partir de ahora estará ocupado en observarse a sí mismo. Además, ¿cómo podría saber cuáles son los verdaderos deseos de su público, qué es lo que realmente le gusta? No puede, en definitiva, preguntar a cada individuo en particular. Además no serviría de nada. Sólo puede partir de la idea que él tiene de ese público al que quiere llegar, de las exigencias que él le atribuye, y debería imaginarse qué es lo que causaría en él mismo la influencia que desea ejercer. ¿Para quién, pues, escribe el escritor? La respuesta es evidente: para él mismo.

Al menos en lo que a mí respecta, puedo decir que llegué a esa respuesta sin ningún rodeo. Es cierto que en mi caso era más fácil: yo no tenía ningún público, y tampoco quería influir en nadie. Yo no empecé a escribir por ningún motivo concreto, y lo que escribía no tenía ningún destinatario. Si mi escritura tenía un objetivo explícito, éste consistía sólo en la fidelidad formal y lingüística al objeto. Aclarar esto era importante en los ridículos pero tristes tiempos de la literatura dirigida por el Estado y de la llamada literatura comprometida.

Más difícil me resultaría responder a la pregunta, perfecta-



mente legítima y bastante más problemática de por qué escribimos. También aquí puedo considerarme afortunado, pues si siquiera se me brindo la posibilidad de elegir una respuesta. A este respecto, ya he narrado un suceso relevante en mi novela *Fiasco* de manera fiel a la realidad. Yo estaba en el pasillo desierto de un edificio administrativo y oía el eco de unos pasos sordos en un pasillo perpendicular, eso es todo. Una agitación excepcional se apoderó de mí, los pasos se acercaban cada vez más, y aunque eran sólo los de una única persona invisible, súbitamente tuve la impresión de oír los pasos de cientos de miles. Era como si una columna marchara en mi dirección con paso atronador, y entonces percibí la fuerza de atracción que poseía esa columna, esos pasos atronadores. Allí, en aquel pasillo, comprendí en un instante el embriaguez del abandono de sí, el placer extático de confundirse con la masa, eso que Nietzsche -en otro contexto ciertamente, pero aplicable asimismo en este caso- llamó la experiencia dionisiaca. Una fuerza casi física me empujaba hacia esas filas, sentía que debía agacharme y apoyarme contra el muro, para no ceder a esa atracción.

Relato ese momento intenso tal y como lo viví, como si la fuente de la que brotó a modo de visión se encontrara fuera de mí y no en mí mismo. Todo artista conoce esos momentos. Antes se les llamaba inspiración repentina. Pero lo que yo viví no lo incluiría dentro de las vivencias artísticas. Yo lo definía más bien como toma de conciencia existencial. Esa experiencia no me abrió las puertas de mi arte -tuvo que pasar bastante tiempo hasta que me hice con las herramientas de mi oficio, sino de mi vida, que casi había perdido. La experiencia tenía que ver con la soledad, con una vida difícil, con aquello de lo que hablé al comienzo: la necesidad de salirse del desfilé embriagador de la Historia, que nos roba nuestra personalidad y nuestro destino. Conternado, me di cuenta de que diez años después de mi regreso de los campos de concentración nazis, y todavía en parte bajo la fascinación del terror estalinista, no quedaba de todo ello más que una vaga impresión y algunas anécdotas. Como suele decir la gente, parecía que no me hubiera ocurrido a mí.

Es evidente que esos instantes visionarios tienen una larga historia. Sigmund Freud los haría derivar probablemente de la represión de alguna experiencia traumática. Tal vez tenga razón. Ahora bien, puesto que yo tengo más bien a la racionalidad y toda forma de misticismo o exaltación me resulta ajena, al hablar de visión pienso necesariamente en algo real que ha cobrado una forma sobrenatural, la revelación súbita, y en cierto modo revolucionaria, de una idea que había madurado en mí, algo que viene expresado en la antigua exclamación "jeureka!", "¡Lo hallé!". Mas, ¿qué es lo que había hallado?

He dicho en otra ocasión que el socialismo significó para mí lo mismo que para Marcel Proust la magdalena que, mojada en